

se me alcanza, sin embargo, que si os place contar con él, vos seréis quien le quedaréis debiendo, pues á cambio de sus excelentes y religiosísimos discursos, de sus elevadas concepciones y como divinas, hallarás al fin que vosotros no procurasteis sino palabras y lenguaje, mercancía tan vulgar y tan vil, que quien de ella más atesora á veces no vale sino menos.

Monseñor, suplico á Dios que os conceda muy larga y dichosísima vida.

De Paris, á 18 de junio de 1568.

Vuestro humilde y obedientísimo hijo.

IV¹AL SEÑOR DE LANSAC²,

Caballero de la Orden del Rey, consejero en su consejo privado, subintendente de sus haciendas y capitán de cien gentilhombres de su casa.

Señor, os envío la *Economía* de Jenofonte, puesta en francés por el difunto señor de La Boétie. Este presente me ha parecido seros adecuado, así por haber emanado primeramente, como sabéis, de la mano de un gentilhombre de marca³, magno en la guerra y en la paz, como por haber tomado su segunda forma de aquel personaje⁴ á quien sé que amasteis durante el transcurso de su vida. Esta dedicatoria os servirá siempre de aguijón á continuar para con su nombre y su memoria vuestra buena opinión y voluntad. Y no temáis, señor, el acrecentarlos resueltamente en alguna cosa, pues no habiéndole gustado sino por los testimonios públicos que dió de su persona, me corresponde á mí agregaros que poseía tantos grados de capacidad por cima de los que conociais, que puedo deciros estáis bien lejos de haberle ponderado en toda su integridad. Mientras vivió otorgóme el honor, que yo incluyo entre la mejor de mis fortunas, de enderezar conmigo una costura de amistad tan estrecha y tan junta, que no hubo lado, movimiento ni resorte de su alma, los cuales no haya

1. Precede esta carta á la *Mesagerie* de Jenofonte y demás traducciones de La Boétie, impresas por Federico Morel en 1571, fol. 2. Esta dedicatoria debió de escribirse en el año 1570, lo mismo que las demás comprendidas en el volumen, que llevan fecha precisa.

2. Luis de San-Gelais, señor de Lansac, elevado á la categoría de Consejero de Estado por Carlos IX, ó más bien por la reina Catalina de Médicis, en el mes de mayo de 1568. Lansac fué embajador de Carlos IX en el concilio de Trento. Palavicino en su *Historia del Concilio* le supone condecorado con la orden del Espíritu Santo, que no fué instituida hasta el año 1579 por Enrique III. Este error fué reparado en las *Misceláneas* de Vigneul-Marville (Buenaventura de Argonne), t. II, pág. 245, edic. de 1701. J. V. L.

3. Jenofonte.

4. La Boétie.

yo podido considerar y juzgar, al menos si mi vista alguna vez no fué corta. Ahora bien, sin que la verdad sea lastimada, estaba, todo puesto en la balanza, tan cercano del milagro, que para que no deje de otorgármese crédito al lanzarme fuera de los límites de lo verosímil, fuerza es que hablando de él me contraiga y restrinja por bajo de lo que sé. Y por esta vez, señor, me conformaré solamente con suplicaros, por el honor y reverencia que á la verdad debéis, el que creáis y testimoniéis que nuestra Guiena no ha visto nada parecido á él entre los hombres de su clase. Esperando, pues, que le otorgaréis lo que con justicia tanta le es debido, y para refrescar su recuerdo en vuestra memoria, pongo este libro en vuestras manos, el cual juntamente os declarará, por lo que á mi toca, que sin la exprofa prohibición que mi incapacidad me ordena os presentaría tan de buena gana alguna cosa mía, como reconocimiento de las obligaciones que os debo, y del favor y amistad que de antiguo habéis profesado á los de nuestra casa. Mas á falta de mejor moneda os ofrezco en pago una segurísima voluntad de prestaros humilde servicio.

Señor, ruego á Dios que os mantenga en su guarda.

Vuestro obediente servidor.

V

AL SEÑOR DE MESMES¹

Señor, una de las más señaladas locuras comunes á los hombres es la de emplear la fuerza de su entendimiento en contrariar y arruinar las opiniones ordinarias y recibidas que nos procuran satisfacción y contento, pues mientras todo cuanto cobija el cielo emplea los medios y facultades que naturaleza puso en su mano (como en verdad acontece), para el ordenamiento y comodidad de su ser, aquéllos por alardear de un espíritu más gallardo y desperado, que no recibe ni da albergue á nada sin que mil ve-

1. Enrique de Mesmes, señor de Roissy y de Malassize, consejero de Estado y canciller del reino de Navarra, nació en Paris, en 1532, de una familia originaria del Bearn; distinguióse en los reinados de Enrique II, Carlos IX y Enrique III por sus talentos administrativos y políticos; en el mes de agosto de 1570 fué encargado de arreglar la paz con los protestantes, y como Armando de Birón, su colega en las negociaciones de San Germán, era cojo, se llamó á la paz *coja y mal sentada*. Las matanzas de la *Saint-Barthélemy* no tardaron en justificar la verdad de semejante apreciación. De Mesmes se mostró siempre protector y amigo de los eruditos: auxilió á Pibrac, Daurat, Turnebo y Pasderat; él mismo colaboró en el trabajo de Lambin sobre Cicerón, que le fué dedicado. Rollin en su *Tratado de los Estudios* (lib. I, cap. 2, art. 1), habla de las «*Memorias* manuscritas que el primer presidente de Mesmes le comunicara las cuales fueron luego publicadas». En ellas se lee que al salir del colegio Enrique de Mesmes recitó á Homero de memoria de cabo á rabo. J. V. L.

ces lo haya tocado y balanceado en lo más sutil de su razón, van conmoviendo sus almas de su situación tranquila y reposada para después de una investigación dilatada llenarlas en conclusión de duda, inquietud y fiebre. No sin razón fueron tan ensalzadas por la Verdad misma la simplicidad y la infancia. Por mi parte mejor prefiero vivir más á mi gusto y ser menos diestro; más contento y menos entendido. He aquí por qué, señor, aun cuando las gentes expertas se burlan del cuidado que nosotros ponemos en lo que pasará aquí luego que nuestras vidas sean pasadas, así que nuestra alma acomodada en otro lugar no tenga que preocuparse de las cosas de aquí abajo, considero, sin embargo, que es un consuelo grande para la debilidad y brevedad de esta vida el creer que la sea dable afirmarse y prolongarse mediante la reputación y la nombradía. Y abrazo muy gustoso una tan grata y favorable opinión, engendrada originalmente en nosotros, sin informarme curiosamente ni cómo ni por qué causas. De suerte que, habiendo amado sobre todas las cosas al difunto señor de La Boétie, á mi entender el hombre más grande de nuestro siglo, pensaría faltar grandemente á mi deber si á sabiendas dejara desvanecerse y perderse un nombre tan rico como el suyo y una memoria tan digna de recomendación, y si no intentara por aquellas razones resucitarle y sacarle de nuevo á la vida. Yo creo que él lo siente en algún modo, y que estos oficios míos le conmueven y regocijan: y á la verdad vive todavía en mí tan entero y tan vivo, que no puedo creerle ni tan profundamente enterrado ni tan plenamente alejado de nuestro comercio. Ahora bien, señor, como cada nuevo conocimiento que de él procuro y de su nombre, constituye igual multiplicaciones de aquella su segunda vida, y mayormente se ennoblece y honra según el lugar que lo recibe, á mi es á quien incumbe no solamente extenderlo cuanto más me sea dable, sino también ponerlo en manos de personas de honor y virtuosas, entre las cuales vos ocupáis tal rango, que á fin de mostraros ocasión de acoger este nuevo huésped y de agasjarle cumplidamente, decidí presentaros esta obrita, no por el beneficio que de ella pudierais alcanzar, pues sé muy bien que para frecuentar á Plutarco y á sus compañeros no habéis menester de intérprete; mas es posible que la señora de Roissy¹, viendo en este libro el orden de su casa y de vuestro común buen acuerdo representado á lo vivo, se regocijará grandemente al sentir que la bondad de su inclinación natural no solamente alcanzó sino excedió lo que los más prudentes filósofos pudieron idear en punto al deber y á las leyes ma-

1. Juana Hennequin, hija de Oudart Hennequin, señor de Boinvillle, contador mayor del reino, muerto en 1557. Era prima tercera de Enrique de Mesmes.

trimoniales. Y de todas suertes para mí será siempre honroso el poder ejecutar alguna cosa que implique satisfacción para vosotros ó para los vuestros, por el deber á que estoy obligado de procuraros servicio.

Señor, ruego á Dios que os conceda dichosisima y larga vida. De Montaigne, á 30 de abril de 1570.

Vuestro humilde servidor.

VI*

Á MONSEÑOR DE L'HOSPITAL,

Canciller de Francia.

Monseñor, considero yo que vosotros, en cuyas manos la fortuna y la razón pusieron el gobierno de los negocios del mundo, nada buscáis con mayor ahinco que las vías por donde llegar al conocimiento de los hombres, vuestros auxiliares, pues apenas hay comunidad, por mezquina que sea, que no los incluya en su seno sobrados para desempeñar ventajosamente los cargos inherentes á ella, siempre y cuando que la elección pueda con acierto llevarse á cabo; y este paso salvado nada faltaría para llegar á la perfecta formación de una república. Ahora bien, á medida que esto es más apetecible, es también más difícil, en atención á que ni nuestros ojos pueden extenderse tan lejos que les sea dable entresacar y elegir entre una gran multitud tan dilatada, ni penetrar hasta el fondo de sus corazones para sondear de ellos las intenciones y la conciencia, partes principales de examinar. De manera que no hubo nunca república, por bien instituída que estuviera, en la cual no advirtamos con frecuencia la falta de aquella elección y escogitación: y en aquellas en que la ignorancia y la malicia, el disimulo, los favores, la ambición y la violencia mandan, si alguna elección se efectúa conforme á la justicia y al buen orden acomodada, debémosla sin duda á la fortuna, la cual, merced á la inconstancia de su vaivén diverso, caminó una vez en armonía con la razón.

Señor, esta idea me ha servido á veces de consuelo, sabiendo que Esteban de La Boétie, uno de los hombres más propios y necesarios para ocupar los primeros cargos de Francia pasó durante todo el transcurso de su vida arrinconado y desconocido en su hogar doméstico con grave daño de nuestro bien común, pues por lo que respecta al suyo particular, os diré, señor, que se hallaba tan abundantemente provisto de todos aquellos bienes y tesoros

1. Forma parte del volumen de las obras de La Boétie, publicado por Montaigne, y precede á las poesías latinas de aquél á manera de dedicatoria.

que resisten los embates de la suerte, que jamás ningún hombre vivió tan lleno de satisfacción y contento. Bien sé que estaba educado en las dignidades de su estado, que como grandes se consideran; y sé mejor todavía que ningún hombre llevó á ellas mayor capacidad, y que á la edad de treinta y dos años en que murió había alcanzado mayor reputación en ese rango que ningún otro antes que él; mas, de todas suertes, no es razonable el dejar en el oficio de soldado á un digno capitán, ni el emplear en los cargos medios á quienes desempeñarían mucho mejor los primeros. En verdad, sus fuerzas fueron mal empleadas y sobrado economizadas, de suerte que, por cima de su cargo le quedaban muchas grandes prendas ociosas é inútiles, de las cuales la cosa pública hubiera podido alcanzar socorro, y él merecida nombradía.

Ahora bien, señor, puesto que La Boétie fué tan poco cuidadoso en el mostrarse á sí mismo á la luz pública, y la desdicha hace que apenas si alguna vez la ambición y la virtud se cobijen bajo un mismo techo, habiendo pertenecido además á un siglo tan grosero y tan lleno de envidias que no pudo en ningún modo ser ayudado por ajeno testimonio, yo deseo ardientemente que, al menos después de su paso por la tierra, su memoria, á la cual sólo debo en lo sucesivo los oficios de nuestra amistad, reciba la recompensa de su valer, albergándolo en la recomendación de las personas de honor y de virtud. Tal es la causa que me movió á sacarle á luz y á presentársle por estos versos latinos que de él nos quedan. Al revés del arquitecto que coloca del lado de la calle lo más hermoso de su construcción; y del comerciante, que hace alarde y ornamento de la más rica muestra de su mercancía, lo que era en él más recomendable, el verdadero jugo y la médula de su valer, le siguieron, no habiéndonos quedado más que la corteza y las hojas. Quien pudiera hacer ver los ordenados movimientos de su alma, su piedad, su virtud, su justicia, la vivacidad de su espíritu, el peso y la salud de su juicio, la elevación de sus concepciones, que tan por cima estaban de las al vulgo ordinarias, su saber, las gracias que ordinariamente acompañaban á sus acciones, el tierno amor que profesaba á su miserable patria y su odio capital y jurado contra todo vicio, principalmente contra ese feo tráfico que se oculta bajo el honrado título de justicia, engendraría en verdad en todos los hombres de bien una afección singular hacia él mezclada de un maravilloso sentimiento de su pérdida. Mas, señor, tan lejos estoy de la posibilidad de poner en práctica estos designios, que del fruto mismo de sus estudios nunca pensó en testimoniar á la posteridad, y no nos quedó de ellos sino lo que á manera de pasatiempo alguna vez escribió.

Sea lo que fuere, os suplico, señor, que lo recibáis con

buen semblante, y así como nuestro juicio deduce muchas veces de una cosa ligera otra muy grande, y como los ojos mismos de los hombres relevantes muestran á los clarividentes alguna marca honorable del lugar de donde proceden, ascender mediante esta obra suya al conocimiento de su alma, amando y abrazando, por consiguiente, el nombre y la memoria. Con lo cual, señor, no haréis más que corresponder á la opinión ciertísima que él albergaba de vuestra virtud, y cumpliréis lo que ardientemente deseó en vida, pues no había hombre en el mundo en cuyo conocimiento y amistad se hubiera visto de mejor gana acomodado que en los vuestros. Mas si alguien se escandaliza porque con atrevimiento tanto dispongo de las cosas ajenas, le advertiré que nunca la escuelas de los filósofos dijeron ni escribieron tan puntualmente tocante á los derechos y deberes de la santa amistad como este personaje y yo la practicamos. Por lo demás, señor, á fin de que este ligero presente contribuya al cumplimiento de dos fines, servirá también, si os place, á testimoniaros el honor y reverencia que yo tributo á vuestra capacidad y á las cualidades singulares que os adornan: en cuanto á las extrañas y fortuitas no gusto tenerlas en consideración.

Señor, ruego á Dios que os conceda dichosisima y larga vida. De Montaigne á 30 de abril de 1570.

Vuestro humilde y obediente servidor.

VII

ADVERTENCIA AL LECTOR *

Lector, tú me debes todo cuanto disfrutas del difunto señor Esteban de La Boétie, pues has de saber que su voluntad era no darte á conocer nada, y hasta creo que nada tampoco consideraba digno de llevar en público su nombre. Mas yo que no albergo designios tan altos, no habiendo encontrado otra cosa en su librería, la cual me legó en su testamento, ni siquiera he querido que esto poco se perdiera; y á mi juicio espero que supondrás que los hombres más expertos de nuestro siglo con harta frecuencia se regocijan con cosas de menor cuantía. Á los que más joven le trataron (pues nuestra frecuentación no comenzó sino unos seis años antes de su muerte) oigo decir que había hecho muchos otros versos latinos y franceses, como los que compuso con el nombre de Gironda, y de ellos oí recitar varios ricos trozos; el que escribió las antigüedades de Bourges

1. Va impresa á continuación de la carta al señor de Lansac, y sirve de prólogo á la traducción de La Boétie, edición de Paris, de 1571. — C.

cita algunos más que reconozco, pero no sé dónde fueron á parar, como tampoco sus poemas griegos. Y á la verdad, á medida que cada inspiración asaltaba su mente, descargábase de ella en el primer papel que hallaba á la mano, sin ningún cuidado de conservarla. Está seguro que hice cuanto pude, y de que, al cabo de siete años que le perdimos, nada recobré sino lo que aquí ves, salvo un discurso *de la Servidumbre voluntaria* y algunas memorias de nuestras revueltas sobre el edicto de enero de 1562. Pero en cuanto á estos dos últimos escritos considérolos sobrado lindos y delicados para abandonarlos al grosero y pesado ambiente de una época tan ingrata. Adiós. De París, á 10 de agosto de 1570.

VIII

AL SEÑOR DE FOIX,

Consejero del Rey en su consejo privado, y embajador de Su Majestad cerca del señorío de Venecia.

Señor, hallándome en el punto de recomendaros, al par que á la posteridad, la memoria del difunto Esteban de La Boétie, así por su extremo valer como por la singular afección que me profesó, hame venido á la mente el considerar cuán tamaña y de cuán graves consecuencias, á la vez que idigna de la vigilancia de nuestras leyes, es la costumbre de ir enajenando á la virtud la gloria (su fiel compañera), como se hace de ordinario, para con ella regalar sin juicio ni discernimiento al primero que se nos antoja, conforme á nuestros particulares intereses, puesto que las dos riendas principales que nos guían y mantienen en nuestro deber son el castigo y la recompensa, los cuales propiamente no nos incumben como hombres, si no es por el honor y la deshonra, visto que éstos van á parar al alma en derecho y sólo son gustados por los sentimientos internos y más nuestros, mientras que los brutos mismos son en algún modo capaces de distinta recompensa y diversa pena corporal. Bueno es además tener presente que la costumbre de alabar la virtud, hasta la de aquellos que ya no existen, no toca á los ensalzados, sino que propende á aguijonear por este medio á los vivos para que á los otros imiten de la propia suerte que de la última pena echa mano la justicia más para escarmiento ajeno que para castigo de los que la sufren. Ahora bien, como el alabar y el censurar se corresponden con análoga consecuencia, es difícil conseguir que nuestras leyes prohiban ofender la reputación ajena, y sin embargo consienten ennoblecerla sin

1. Impresa á la cabeza de los *Versos franceses* de Esteban de La Boétie, edición de París, 1572.

méritos. Esta perniciosa licencia de lanzar así al viento á nuestro albedrío las alabanzas de todos, fué en lo antiguo causa de restricciones diversas de parte de las leyes en otros países; á veces ayudó acaso á que la poesía cayera en desgracia de las gentes prudentes. De todas suertes, los aduladores no acertarán á cubrirse de tal modo que el vicio de mentir no aparezca siempre harto feo para un hombre bien nacido, sea cual fuere el carácter que á la mentira se comunique.

En cuanto á este personaje de quien os hablo, señor, apártame harto lejos de esos términos, pues el mal no está en que yo le preste alguna buena prenda, sino en que de ella le despoje; y su desgracia hizo que al proveerme cuanto un hombre pueda hacerlo de justísimas y razonabilísimas ocasiones de alabanza, yo carezca en la misma proporción de medio y capacidad para procurársela: digo yo, con quien él solamente se comunicó hasta lo vivo, y quien sólo puede responder de un millón de gracias, perfecciones y virtudes que enmohecieron ociosas en el regazo de un alma tan hermosa, gracias á la ingratitud de su fortuna; pues la naturaleza de las cosas habiendo no sé por qué razón consentido que la verdad por hermosa y aceptable que de suyo sea, no la acojamos sin embargo sino infusa é insinuada en nuestra creencia por el concurso de la persuasión, yo me encuentro tan desprovisto de crédito para autorizar mi simple testimonio, y de elocuencia para enriquecerle y hacerle valer, que me faltó poco para abandonar este cuidado, no quedándome ni siquiera el suyo por donde dignamente pueda mostrar al mundo al menos su espíritu y su saber.

En realidad, señor, como fueran sorprendidos sus destinos en la flor de su edad, y en el camino de una dichosísima y vigorosísima salud, en nada pensó menos que en sacar á luz las obras que debieran testimoniar á la posteridad sobre quién él fué en este punto; y acaso, aun cuando lo hubiera pensado, era de sobra excelente para no haberse mostrado con exigencia extremada. En suma, yo creo que sería mucho más excusable para él haber entrado consigo mismo tantos raros favores del cielo, que para mí el enterrar además el conocimiento que de sus maravillosas prendas me dejara; por lo cual, habiendo cuidadosamente recogido cuanto acabado encontré entre sus borradores y papeles, esparcidos aquí y allá cual juguetes del viento y de sus estudios, parecióme bueno, sea esto lo que fuere, distribuirlo y repartirlo en tantas partes como pude, para con ello alcanzar ocasión de recomendar su memoria á otras tantas gentes, eligiendo á los hombres más relevantes y dignos de mi conocimiento, de quienes el testimonio pueda serle más honroso: tal el de vuestra persona, señor, que por sí misma habrá tenido algún

conocimiento de él mientras vivió, pero seguramente muy remoto para discurrir sobre su grandeza y su cabal valer. La posteridad lo creará si así lo quiere, mas yo la juro por todo lo que de conciencia hay en mí haberle sabido y visto tal, todo bien aquilatado, que apenas si por expreso deseo y por fantasía podría yo transponer sus excelencias; tan lejos estoy de encontrar muchos que se le asemejaran.

Humildísimamente, señor, os suplico, no solamente que adoptéis la general protección de su nombre, sino también la de estas diez ó doce composiciones en verso francés, que se colocan por necesidad al abrigo de vuestro favor, pues no os ocultaré que la publicación de ellas se hubiera diferido para después del resto de sus obras so pretexto de que por ahí no se las encontrará suficientemente limadas para sacarlas á luz. Vosotros veréis, señor, lo que hay en esto de verdad; y como parece que ese juicio toca directamente á esta región, de donde piensan que nada puede salir en lengua vulgar que no denuncie lo montaraz y lo bárbaro, á vosotros incumbe particularmente como perteneciente á la primera casa de la Guiena, y porque al rango de vuestros ascendientes habéis añadido el primero en toda suerte de capacidad, el mantener, no sólo por vuestro ejemplo, sino también por la autoridad de vuestro testimonio, que no acontece siempre así. Y aun cuando al presente el hacer sea á los gascones más natural que el decir, ocurre que á veces se arman lo mismo de la lengua que del brazo, y del espíritu que del ánimo. Por lo que á mí toca, señor, no es de mi incumbencia juzgar de tales cosas; mas oí decir á personas entendidas en saber, que esos versos son, no solamente dignos de mostrarse en el mercado, sino que además, para quien se detenga en considerar la belleza y riqueza de las invenciones y del asunto, de tanta enjundia, plenitud y solidez como los que hasta ahora se hayan compuesto en nuestra lengua. Ocurre, naturalmente, que cada obrero se siente más resistente en cierta parte de su arte: los más dichosos son aquellos que encaminaron sus fuerzas á la más noble, pues todas las piezas igualmente necesarias á la construcción de un todo no son igualmente valorables. Las gracias del lenguaje, la dulzura y la pulidez brillan acaso más en algunos otros; pero en gentileza de fantasía, vuelos de inspiración y felices rasgos no creo que nadie le haya aventajado, habiendo de tenerse en cuenta además que tal no fué su ocupación ni estudio, y que apenas si al cabo de cada año ponía una vez la mano en la pluma, como acreditada lo poco que nos queda; pues á la vista tenéis, señor, verde ó sazonado, todo cuanto llegó á mi conocimiento, sin escogerlo ni elegirlo; de tal suerte que en esta colección figuran hasta versos de su infancia. En conclusión, diríase que no escribió sino para mostrar que era capaz de hacerlo todo, pues por

lo demás mil y mil veces, hasta en sus conversaciones ordinarias, oímos salir de su boca cosas más dignas de ser sabidas y admiradas.

He aquí, señor, lo que la razón y el cariño, aunados por singular acaso, me ordenan comunicaros de aquel grande hombre de bien; y si la confianza que me permití al dirigirme á vosotros hablándoos tan largamente os contraría, recordaréis si os place que el principal efecto de la grandeza y de la eminencia es el lanzaros hacia la importunidad y atareamiento en los ajenos negocios. Con todo lo cual, después de ofrecer mi humilde afección á vuestro servicio, ruego á Dios que os conceda, señor, dichosísima y larga vida. De Montaigne, el primer día de septiembre de mil quinientos setenta.

Vuestro obediente servidor.

IX¹

Á LA SEÑORITA DE MONTAIGNE, MI ESPOSA

Esposa, bien sabéis que no es del caso para un hombre probó conforme á la usanza de estos tiempos, el que á estas fechas os corteje y acaricie; pues dicen que un varón diestro puede muy bien tomar mujer, pero que el casarse es propio de los tontos. Dejémosles decir: yo por mi parte me atengo al ingenuo modo de la edad pasada, como así lo muestran ha poco mis cabellos.

Y en verdad que la novedad cuesta tan cara ahora á este pobre Estado (y no sé si aun nos quedan duros males que sufrir) que en todo y por todo abandono su partido. Vivamos, pues, mujer mía, vos y yo, á la antigua usanza francesa. Ahora bien, recordaréis que el señor de La Boëtie, aquel hermano querido y compañero inviolable, me dió al morir sus papeles y sus libros, los cuales fueron luego para mí la más favorecida entre todas mis cosas. De ellos no quiero avaramente disfrutar yo sólo, ni merezco tampoco que exclusivamente me aleccionen, por lo cual experimenté deseos de hacer partícipes á mis amigos. Y como ninguno tengo, á lo que creo, tan privado como vos, os envío la carta consolatoria de Plutarco á su esposa, traducida por aquél en francés, muy apenado de que la fortuna os haya hecho tan adecuado este presente, y de que teniendo sólo una hija, largo tiempo esperada al cabo de cuatro años de matrimonio, la perdierais en el segundo mes de su vida. Pero encomiendo á Plutarco el cuidado de consolaros y de

1. Precede á la Carta consolatoria de Plutarco á su mujer en el libro citado fol. 89.

advertiros sobre vuestro deber en este punto, suplicándoos que le otorguéis crédito por el amor que yo os inspiro, pues os descubrirá mis intenciones junto con todo lo pertinente en este caso, mucho mejor que yo mismo. Con lo cual, esposa, me recomiendo eficazmente á vuestra gracia, y ruego á Dios que os mantenga en su santa guarda. De París, á 16 de septiembre de 1570.

Vuestro buen marido.

X^a

Á LOS SEÑORES JURADOS DE BURDEOS

Señores, espero que el viaje de monseñor de Cursol procurará alguna mejora á la ciudad. Teniendo entre manos una causa tan justa y favorable habéis desplegado todo el orden posible en los negocios que se presentaban; puesto que las cosas se mantienen en buen estado os suplico que toleréis aún mi ausencia por algún tiempo; yo la aligeraré sin duda cuanto la urgencia de mis negocios lo permita. Espero que será corta. Mientras tanto encomiéndome á vuestra bondad y me mandaréis, si la ocasión de emplearme se ofrece para el servicio público y el vuestro. Monseñor me escribió también advirtiéndome de su viaje. Muy humildemente me recomiendo y ruego á Dios,

Señores, que os conceda larga y dichosa vida.

En Montaigne, á 21 de mayo de 1582.

XI

AL SEÑOR DUPUY²;

Consejero del rey en su corte y en el Parlamento de París.

Señor, la acción del señor de Verres, actualmente prisionero, me es conocidísima y merece que en el juzgarla mostréis vuestra dulzura natural, tanto como cualquiera causa del mundo digna de vuestra justa clemencia. Hizo una cosa no solamente excusable según las leyes militares de este siglo, sino también necesaria, y laudable conforme al sentir común; é hizola sin duda apresuradamente y á

1. El original de esta carta se guardaba en los Archivos de Burdeos y fué publicado por primera vez en el *Bulletin du Bibliophile*, por M. G. Brunet, en julio de 1839.

2. Probablemente Claudio Dupuy; nació en París en 1543, y fué uno de los atonce jueces enviados á Guiena, conforme al tratado de Fleix, en 1580. Acaso en esta época le escribió Montaigne la presente carta de recomendación.— V. L.

pesar suyo. Todo lo demás de su vida nada tiene de censurable. Suplicoos, señor, que en la causa pongáis toda vuestra atención; así hallaréis las cosas tal como os las represento, considerando que se le persigue por manera que excede en malignidad al acto cometido. Por si también de algo esto puede servir quiero deciros que es un hombre educado en mi casa, emparentado con algunas buenas familias, y sobre todo que siempre ha vivido digna é inocentemente y que es muy mi amigo. Salvándole me obligaréis extremadamente. Humildísimamente os ruego que le tengáis por recomendado, y después de besaros las manos, ruego á Dios que os conceda, Señor, larga y dichosa vida. De Castera, á 23 de abril.

Vuestro apasionado servidor.

XII^a

Á LOS SEÑORES JURADOS DE LA CIUDAD DE BURDEOS

Señores, he recibido vuestra carta, y trataré de salir á vuestro encuentro cuanto antes pueda. Toda esta corte de Sainte-Foy sobre mis brazos está ahora², habiendo acordado venir á verme³. Después de la visita estaré más libre. Os envío las cartas del señor de Vallier, acerca de las cuales podéis resolver libremente. Mi presencia ahí nada procurará sino estorbo é incertidumbre en punto á la resolución y juicio necesarios en el asunto.

Con esto me encomiendo humildemente á vuestro recuerdo, y ruego á Dios, señores, que os conceda larga y dichosa vida.

De Montaigne, á 10 de diciembre de 1854.

Vuestro humilde hermano y servidor.

XIII^a

Á LOS SEÑORES JURADOS DE LA CIUDAD DE BURDEOS

Señores, participo grandemente del contento que me aseguaráis gozar, motivado por las provechosas expediciones

1. Fué descubierta esta carta por M. Detcheverry y publicada en 1855 por M. Dosquet en un informe de la *Commission des monuments historiques du département de la Gironde*; en 1836 la incluyó el doctor Payen en sus *Recherches et Documents inédits*, núm. 4.

2. La corte del rey de Navarra se encontraba á la sazón en Sainte-Foix.

3. Montaigne se preparaba á recibir la visita que le hizo el príncipe el 19 de diciembre.

4. El original de esta carta se guarda en los Archivos de Tolosa. V. PATEN, *Documents inédits*.

comunicadas por los señores diputados vuestros, y como buen augurio considero el que hayáis dichosamente encaminado este comenzamiento de año, esperando regocijarme en vuestra compañía á la primera ocasión. Muy humildemente me recomiendo á vuestra bondad, y ruego á Dios que os conceda, señores, larga y dichosa vida. De Montaigne, á 8 de febrero de 1585.

Vuestro humilde hermano y servidor.

XIV¹

Á LOS SEÑORES JURADOS DE BURDEOS

Aquí encontré por casualidad noticias vuestras, que el señor Mariscal me comunicó. No repararé ni en la vida ni en ninguna otra cosa en pro de vuestro servicio, y encomiendo á vuestro dictamen el considerar si el que puedo procuraros con mi presencia en la próxima elección vale la pena de que me arriesgue á comparecer en la ciudad, en vista del mal estado en que ésta se encuentra, principalmente para las personas que proceden de un ambiente tan sano como el que yo abandonaría². El miércoles me acercaré á vosotros cuanto pueda, hasta Feuillas, si el mal no invadió este lugar; allí, como escribo al señor de La Mote, tendré gustosísimo el honor de ver á alguno de entre vosotros para recibir vuestras advertencias, descargándome de las instrucciones que el señor Mariscal me comunicará para la compañía. Con la cual muy humildemente me recomiendo á vuestra bondad, rogando á Dios que os conceda, señores, larga y dichosa vida.

De Libourne, á 30 de julio de 1585.

1. Esta carta fué dada á luz primeramente por M. A. Detcheverry, archivero de la alcaldía de Burdeos, en el folleto titulado: *Histoire des Israélites de Bordeaux*, 1830, pág. 31 (nota). El doctor Payen lo reprodujo en sus *Nouveaux Documents*, Paris, 1830, pág. 21.

Esta epístola ha sido objeto de muchos comentarios. Hase parangonado la conducta de Montaigne con la del primer presidente del Parlamento de Paris Cristóbal de Thou, en 1580; con el proceder del mariscal de Ornano, alcalde de Burdeos, en 1599; con el de Rotrou en Dreux, en 1660; con el del duque de Montausier en Normandía, en 1662; y con el del obispo Belzunce y el caballero Rosa en Marsella, en 1720. Véase sobre los acontecimientos ocurridos en esta epidemia el cap. xii del lib. III.

2. Trátase aquí de la peste de 1585, que hizo sucumbir en Burdeos á mil cuatrocientas personas.

XV¹Á LOS SEÑORES JURADOS DE LA CIUDAD DE BURDEOS¹

Señores, hice presente al señor Mariscal la carta que me enviasteis, — juntamente con la que el portador me dejó de parte vuestra, — y me ha encargado rogaros que le enviéis el tambor que estuvo en Bourg. También me ha dicho que os ruega ordenéis que enseguida vayan á él los capitanes Saint-Aulaye y Mathelin, y que reunáis el mayor número posible de marineros y barqueros. Cuanto al mal ejemplo é injusticia de hacer prisioneros á mujeres y niños, en manera alguna soy partidario de que lo imitemos; así le dije también á mi dicho señor Mariscal, quien me ordena que sobre este particular no cambiéis de conducta hasta el recibo de más extensas instrucciones. Con lo cual me recomiendo muy humildemente á vuestras excelentes bondades, y ruego á Dios que os conceda,

Señores, larga y dichosa vida.

De Feuillas, á 31 de julio de 1585.

XVI

Á LA SEÑORITA PAULMIER²

Señorita, mis amigos saben que desde el punto en que os vi os destinaba uno de mis libros, pues advertí que los habíais tributado sumo honor. Mas la cortesía del señor Paulmier me quita el medio de ponerlo en vuestras manos, habiéndome después obligado mucho más de lo que mi libro vale. Vos lo aceptaréis, si os place, como si hubiera sido vuestro antes de que yo lo debiera, y me otorgaréis la merced de acogerlo bondadosamente, ya por afección de él, ya por la mía propia; y yo guardaré cabal la deuda contraída con el señor Paulmier para desquitarme, si me es dable, con algún servicio.

1. Descubierta por M. Detcheverry y publicada por M. Dosquet en un informe de la *Commission des monuments historiques du département de la Gironde*. El doctor Payen la incluyó en sus *Recherches et Documents inédits*, núm. 4.

2. Esta dama, que nació en 1544, se llamaba Margarita de Chaumont. En 1574 casó con Julián Le Paulmier y murió en 1599.

XVII¹

AL MARISCAL DE MATIGNON

Monseñor, ya habréis sabido que nos aligeraron del equipaje en la selva de Villebois, en presencia nuestra, al cabo de mucha conversación y no menos dilaciones, aun cuando nuestro despojo fuera juzgado como injusto por el señor príncipe². A pesar de esto no nos atrevimos á seguir adelante por la incertidumbre que abrigábamos en punto á la seguridad de nuestras personas, de lo cual fuimos asegurados por nuestros pasaportes. Ha sido causa de esta presa el ligero que despojó al señor de Barruet y al de la Rochefocaut; la tormenta descargó sobre mí, que llevaba el dinero en mi caja. Nada pude recuperar, y la mayor parte de mis ropas y papeles quedaron en sus manos. Ne hemos visto al señor príncipe. Se han perdido cincuenta y tantos sacos; y de la parte del señor conde de Thorigny³ una vasija de plata y algunos utensilios de poca monta. En el camino tomó éste otra dirección para ir á ver á las afligidas damas á Montresor, donde yacen los cuerpos de los dos hermanos⁴ y de la abuela; y volvió á encontrarnos ayer en esta ciudad, de donde en este momento nos alejamos. El viaje á Normandía ha sido aplazado. El rey envió los señores de Bellievre⁵ y de la Guiche⁶ cerca del señor de Guisa para invitarle á venir á la corte: allí estaremos nosotros el jueves.

Vuestro humildísimo servidor.

De Orleáns, el 16 de febrero por la mañana (1588).

XVIII

DEDICATORIA MANUSCRITA DE UN EJEMPLAR DE LOS « ENSAVOS »
Á ANTONIO LOISEL⁷

No es éste un buen modo de desquitarme de los hermosos presentes que me hicisteis con vuestros trabajos, mas

1. Según el doctor Payen esta carta es de 1588. La autenticidad de la misma ha sido discutida, erradamente según algunos eruditos. Véase *Documents inédits*, pág. 12.

2. Enrique I, príncipe de Condé, uno de los jefes hugonotes.

3. Odet de Matignon, conde de Thorigny, hijo del mariscal de aquel nombre.

4. Probablemente Ana y Claudio de Joyeuse, parientes del conde de Thorigny, asesinados en Coutras en 1587. Las afligidas damas debían de ser Maria de Batarnay, la madre, y Margarita de Lorena, mujer de Ana.

5. Pomponio de Bellievre; nació en 1529.

6. Filiberto de la Guiche, gobernador de Lyon; favorito de Enrique III y, después, de Enrique IV.

7. Esta dedicatoria fué puesta por Montaigne en un ejemplar de los *Ensayos* (edic. de 1588, en 4.º). El doctor Payen la transcribió de este ejemplar, perteneciente á la biblioteca de M. Lignerolles, y la incluyó en 1856 en sus *Recherches et Documents inédits*, núm. 4.

de todas suertes es corresponder lo mejor que puedo á vuestras bondades. Imponeos, por Dios, la pena de hojear alguna cosa; emplead alguna hora de vuestro vagar para decirme vuestro parecer sobre el libro, pues yo temo ir empeorando en estas faenas.

A monseñor Loysel.

XIX¹

AL REY ENRIQUE IV

Sire, subrepujar la carga y el número de vuestros graves é importantes negocios es el saber descender y consagraros á los pequeños, cuando de ellos llega el turno, conforme al deber de vuestra autoridad real, la cual os aboca á cada instante con toda suerte y categoría de hombres y ocupaciones. Mas el que Vuestra Majestad se haya dignado parar mientes en mis cartas y ordenar que sean contestadas, prefiero mejor deberlo á la benignidad que al vigor de su alma. Siempre miré con buenos ojos esa misma fortuna de que ahora disfrutáis, y acordarseos puede que hasta cuando tenía que decirselo á mi confesor² en modo alguno dejé de ver gratuitamente vuestras prosperidades; al presente, con mayor razón y libertad las abrazo al par que con plena afección. Las bienandanzas os procuran ahí provecho palpable, pero aquí no enaltecen menos vuestra fama. La resonancia produce tanto efecto como la ventaja que se logra. No acertaríamos á sacar de la justicia de vuestra causa argumentos tan poderosos para sujetar ó reducir á vuestros súbditos como los hallamos á la mano con las dichosas nuevas de vuestras empresas; y puedo asegurar á Vuestra Majestad que los recientes cambios que por acá ve en su provecho, y su feliz salida de Dieppe³, secundaron á punto el franco celo y la maravillosa prudencia del

1. Esta carta, que se guardaba en la Biblioteca Nacional de París (Colección Dupuy, t. LXIII, fol. 77-78), fué publicada por primera vez en 1830 por M. A. Juvinal. El doctor Payen dió á luz una copia de la misma, que difiere notablemente de la primera. Para la presente traducción he tenido á la vista la misma epístola, incluida en *le Trésor Epistolaire de la France*, de M. Eugenio Crépet (París, 1865), quien reprodujo fielmente el autógrato original.

2. Tenía que decirselo á su confesor porque su proceder significaba el aplauso de las prosperidades de un herético y de un príncipe que combatía entonces al soberano á quien Montaigne estaba obligado á servir, á Enrique III.

3. Aun cuando Enrique IV fuera proclamado rey de Francia el 2 de agosto de 1589, día del asesinato de Enrique III, estaba todavía muy lejos de hallarse en posesión de su reino. Obligado á levantar el sitio de París, tuvo que refugiarse en Normandía. Encerrado luego y asediado por el duque de Mayenne, recibió un refuerzo de cuatro mil hombres de la reina Isabel y marchó de nuevo camino de la capital. El 18 de enero, día en que Montaigne escribía á Enrique IV, éste se hallaba en Lisieux, cuya plaza acababa de tomar.

señor mariscal de Matignon ¹, de quien me atrevo á creer que no recibís diariamente tan excelentes y tan señalados servicios sin recordar mis seguridades y esperanzas. Yo aguardo de este próximo estío no tanto los frutos que van á madurar como los de nuestra común tranquilidad, é igualmente que pasará por vuestros negocios con igual bienandanza, haciendo desvanecerse como las precedentes esas grandes promesas con que vuestros adversarios alimentan la voluntad de sus prosélitos. Las inclinaciones de los pueblos se gobiernan por impulsos. Si la pendiente os es una vez favorable, el propio movimiento la llevará hasta el fin. Mucho hubiera yo querido que el particular provecho de los soldados de vuestro ejército junto con la necesidad de contentarlos no os hubieran quitado, señaladamente en esta importante ciudad, la hermosa recomendación de haber tratado á vuestros revueltos súbditos, hallándoos en plena victoria, con mayor moderación de la que sus protectores gastan, y que á diferencia de un crédito volandero y usurpado hubierais puesto en evidencia que eran vuestros por paternal protección verdaderamente real. En el manejo de negocios tales como los que tenéis en vuestras manos hay que servirse de medios no comunes. Así se vió siempre que donde las conquistas por su grandeza y dificultad no pudieron buenamente completarse por las armas ni por la fuerza se perfeccionaron con la magnificencia y la clemencia, alicientes óptimos para conducir á los hombres hacia el partido justo y legítimo. Y cuando precisan rigor y castigo, ambas cosas deben aplazarse para después de la posesión y el mando. Un conquistador magnífico de los pasados siglos se alaba de haber procurado á sus enemigos tantos motivos para que le amasen como á sus amigos. Y aquí echamos de ver ya algunos visos de buen augurio por la impresión que experimentan vuestras ciudades extraviadas, comparando el rudo tratamiento que reciben con el de las que se colocaron bajo vuestra obediencia. Deseando á Vuestra Majestad una dicha más urgente y menos arriesgada, y que Vuestra Majestad sea antes amado que temido de sus pueblos, sustentando los propios bienes amalgamados con los de ellos, me regocija que la marcha hacia la victoria sea también el camino hacia la paz menos costosa. Sire,

1. Para penetrar la intención de Montaigne al poner de relieve «el sincerelo y la prudencia maravillosa» del mariscal de Matignon, hay que tener presente el estado en que á la sazón se encontraba Guiena. Los católicos desconfiaban de Enrique IV y no creían en su próxima conversión; los hugonotes mostrábanse resistentes con los triunfos del rey de Navarra; los de la Liga acababan de proclamar rey de Francia al cardenal de Borbón. También Enrique había sido proclamado soberano por la Asamblea de Tours, pero el Parlamento del Languedoc le había destituido, y el de Burdeos se disponía á imitar al de Tolosa, diciendo: *Quæ fides infidelis?* Matignon, por su ascendiente, acierto, prudencia y actividad, supo ganar tiempo para con el Parlamento, contener á los hugonotes en su triunfo, reprimir á los de la Liga con las fuerzas necesarias y guardar al rey la provincia de Guiena. (DOCIOR PAYEN.)

vuestra carta del último día de noviembre no llegó á mis manos hasta ahora, pasado ya el plazo que os plugo señalarme de vuestra permanencia en Tours. Considero como gracia singular el que Vuestra Majestad se haya dignado advertirme que acogería con gusto mi presencia: nadie tan inútil como yo, pero vuestro más aún por afección que por deber. Laudabilísimamente acomodó Vuestra Majestad sus formas externas á la altura de su reciente fortuna; mas la bondad é indulgencia de los humores internos es igualmente laudable el que Vuestra Majestad no los modifique, Plúgola, no sólo respetar mi edad, sino también mi deseo, al llamarme á lugar donde Vuestra Majestad se viera un tanto reposada de sus laboriosos desvelos. ¿Será aquél París, dentro de breve plazo? No habrá medios ni salud que yo no deje de sacrificar para dirigirme allí.

Vuestro humildísimo y obedientísimo servidor y vasallo.

De Montaigne, á 15 de enero de 1809.

(Con este sobrescrito de mano del secretario: *Al Rey.*)

XX ¹

MONTAIGNE Á ENRIQUE IV

Sire, La que Vuestra Majestad tuvo á bien escribirme el 20 de julio no me fué entregada hasta hoy por la mañana, y me ha encontrado metido en una muy violenta fiebre terciana, general en este país desde el mes pasado. Sire, como grande honor considero el recibir vuestras órdenes, y no he dejado de escribir hasta tres veces al señor mariscal de Matignon, participándole con todo interés la obligación que me incumbía de salir á su encuentro, hasta marcarle el camino que yo seguiría para lograrlo con seguridad cabal, si así bien le parecía. Como estas misivas no hayan tenido respuesta supongo que el Señor Mariscal tuvo en cuenta, en provecho mio, lo dilatado y arriesgado de los caminos. Sire, Vuestra Majestad me hará la merced de creer, si le place, que nunca repararé en mi bolsa en las ocasiones en que tampoco quisiera poner á cubierto mi vida. Lo que hice por sus predecesores, mayormente por Vuestra Majestad lo haré. Jamás alcancé ningún beneficio de la liberalidad de los reyes, como tampoco los solicité

1. Publicada por primera vez en el *Journal de l'Instruction publique*, el 4 de noviembre de 1846, por M. Antonino Macé, que la encontró en el tomo LXI de la Colección Dupuy, en la Biblioteca Nacional de París. En el original hay escrito á la vuelta de la segunda hoja: «Mons^r de Montaigne, dos sept. 1590.»